

groso que se sirvió á las bodas por remate de ellas, viene á dañar lo demas y á hacer que parezca vinagre. De manera que lo ménos bueno es bonísimo, siendo poco, y lo bonísimo, añadido á esto, lo destruye todo.

DISCÍPULO. Paréceme á mí que no está el daño en lo muy bueno que se dice después de la hora, sino en lo malísimo que se halla en los oyentes, cuyos estómagos tienen tan poco calor, que un bocado más de lo ordinario los opila y estraga, y estragan con esto lo que llamó Cristo pan de cada día sobresubstancial.

MAESTRO. La razón te sobra, y á mí la de callar por hoy; y mañana trataremos de la cuarta puerta del cielo, estrechísima por cierto, pero ciertísima, y por donde han entrado todos los que están en él, que es la puerta del Redentor de los hombres, Cristo; por ella entra el alma y sale, y halla pastos suavísimos y de gran sustento para sí. Entra á la divinidad, y halla lo que puede gustar, mas no declarar, porque todo ingenio es corto y toda lengua balbuciente y tartamuda para decir lo que se suele sentir donde no se habla, y si se habla, la lengua es el corazón y las palabras los deseos. Adios.

DISCÍPULO. Él vaya contigo y te consuele. Amén.



DIÁLOGO QUINTO.

PUERTA CUARTA DE LA PASIÓN DEL HIJO DE DIOS,
REDENTOR Y SEÑOR ÚNICO DE LOS HOMBRES.

§ I.

MAESTRO. Seas bien hallado, Deseoso.

DISCÍPULO. Y tú bien venido, Maestro, tan deseado de mi alma como lo es de los labradores el agua temporal cuando se tarda.

MAESTRO. ¿De dónde te ha nacido ahora ese deseo tan crecido?

DISCÍPULO. Del que Dios ha puesto en mí de oírte hablar de su pasión y muerte sacratísima. La cual pienso traer como ramillete ó manojillo de mirra en mis pechos, de noche y de día, según se escribe que la traía la Esposa.

MAESTRO. Buen pensamiento es ese y digno de Dios; y si tú cumples lo que te pide,

sin duda ninguna has tomado el atajo y senda segura para la perfección; porque Cristo crucificado es el libro de la vida, que contiene en sí todas las cosas necesarias á nuestra salud, y que eficazmente aprovecha para el menosprecio del mundo y de nosotros mismos, y para crecer en el amor divino. Y así dicen los Santos, que cualquiera que quisiere y desearse abundancia de merecimientos, y ocupar el alcazar, y subir á la cumbre de todas las virtudes, alcanzar sabiduría verdadera y no perder pié, ni hacer desdén entre las cosas prósperas y adversas, sino con igualdad de corazón pasar por todas, ha de procurar traer en su pecho y en su ánima este manojillo de mirra, no sólo por compasión, sino también por imitación. San Agustín dijo que la sagrada pasión contiene en sí la perfección toda que le es posible alcanzar al hombre en esta vida; y todas las obras perfectas que de palabra enseñó Cristo en su Evangelio, las cumplió perfectísimamente con ejemplos vivos en su muerte. Pues si tu ánima desea quietud y seguridad, si fecundidad y sucesión maravillosa, tome alas como de paloma y, volando á las llagas de Jesús, haga y labre en ellas su nido; porque en ninguna parte hallará quietud más grata, ni seguridad más segura, ni fecundidad más abundantes, que en ellas. Allí

hallará qué pueda administrar á sus hijuelos, que son las obras de luz, como dice San Bernardo. El mismo, hablando con Cristo, dice: «Sobre todas las cosas, ¡oh buen Jesús! te hace amable á mi ánima el cáliz de tu pasión, que bebiste, y la obra admirable de nuestra redención, que en medio de la tierra obraste. Esto es lo que fácilmente roba y granjea para sí nuestro amor; esto es lo que con mayor blandura y regalo atrae y despierta nuestra devoción, y con mayor justicia la pide; más estrechamente aprieta y con mayor vehemencia aficiona. Mucho trabajaste, Señor mío, en esta obra, y en ella más que en la fábrica del universo te fatigaste: allí dijiste, y todas las cosas fueron hechas; mandaste, y fueron criadas; pero en esta obra sufriste contradictores en las palabras, censores en las obras, burladores en los tormentos, y en la muerte escarnecedores. Y aunque de nada nos hiciste, no de nada nos redimiste; porque treinta y tres años consumiste en obrar nuestra salvación. Trabajaste sufriendo y sufriste padeciendo; luego más me diste redimiendo que criándome: criándome me diste á mí; mas redimiéndome te me diste á tí. Y si me debo todo á Dios porque me hizo, ¿qué puedo añadir de paga porque me restituyó á mí, y con esta manera de restitución; pues no tan fácilmente

fuí reformado como formado? Para formarme dijiste; para reformarme dijiste é hiciste: dijiste muchas cosas, obraste grandes maravillas, sufriste no sólo cosas duras, sino indignas y peregrinas á tu majestad y grandeza. ¿Pues qué gracias te daré, qué servicios te haré para salir de tan gran deuda, yo, polvo y ceniza? ¿Qué debiste hacer por mí que no lo hicieses? Desde los piés hasta la cabeza te zambulliste todo en las aguas de las pasiones para sacarme á mí todo de ellas, y entraron hasta tu ánima; la cual en la muerte perdiste, y á mí la mía perdida, con esta pérdida tuya restituiste, y de esta manera con tres dobladas deudas me obligaste; porque por la vida que en la creación me diste, y habiéndola yo perdido, en la redención me la restituiste á mí mismo, no una, sino dos veces me debo á tí. Pero, Jesús bueno, el perder tu vida por restituirme la mía, ¿qué satisfacción pide? Al fin daré lo que tengo y lo que soy; daré toda mi vida y todo mi amor; porque tú solo debes ser amado de todo corazón, de toda el ánima, virtud y fuerzas; pero ¿cómo se hará esto en mí sino por tí? Alléguese mi ánima á tí, pues toda la virtud de ella pende de tí; y á las gloriosas insignias de tu pasión, con las cuales obraste mi salud, me inclino todo; y en tu nombre invoco, con la humildad que puedo,

el estandarte real de la vencedora cruz, y adoro, pecho por tierra, tu corona de espinas, tus clavos teñidos en sangre, la lanza metida en el sagrado pecho, tus rosadas y hermosas llagas, tu muerte y sepultura, y tu victoriosa resurrección y glorificación; porque todas estas cosas me dan olor de vida y matan en mí los pecados y la muerte». Hasta aquí son palabras de San Bernardo.

§ II.

San Gregorio, sobre aquel lugar del Apóstol: «Mortificad vuestros miembros, que son sobre la tierra», dice: «Cierto es que donde la cruz y muerte de Cristo anda y se trae de continuo, que no puede reinar el pecado; porque es de tanta suavidad, que si se pone delante de los ojos y se fija fielmente en el corazón, de manera que atentamente el alma se ocupe en contemplarla, no tendrá verdaderamente lugar en ella la carnal concupiscencia, ni el furor de la ira, ni la envidia del pecado; porque en aquella alma que se ocupa en la meditación continua de la pasión de Cristo, muere la codicia de la carne, es ahuyentado y desterrado todo pecado, al cual es visto morir el hombre de esta manera y vivir á solo Dios». Alberto Magno dice: «La simple

recordación ó meditación de la pasión de Cristo es de mayor provecho y fruto que si alguno ayunase por espacio de un año á pan y agua todos los viernes, ó esos mismos días hiciese la disciplina hasta derramar sangre, ó rezase entero el Psalterio cada día». Exhortando San Buenaventura á la continua meditación de Cristo crucificado, dice: «Hombre, si quieres aprovechar y crecer de virtud en virtud, de gracia en gracia y de bien en mejor, con toda la devoción que pudieres medita todos los días la sagrada pasión; porque ninguna cosa así obra en el alma santificación universal, como la continua memoria de ella». Yo digo, y dícelo Dios, que Cristo es la puerta y el camino seguro y cierto por donde se camina al Padre, y quien á Él sigue no anda en tinieblas, antes trae consigo lumbre de vida; y así conviene que con sumo estudio y diligencia mires y contemples, y estampes en tu alma su vida santísima, su doctrina suavísima, su pasión amarguísima y su muerte afrentosísima, para que imitando y siguiendo sus pisadas, te levantes á la divinidad suya y goces del Reino de Dios, que deseas.

DISCÍPULO. ¿Qué tengo de hacer para ser conforme á Cristo?

MAESTRO. Ofrecerte todo á Dios, para sufrir de buena gana y con voluntad muy ente-

ra, por honra y gloria de su pasión, en verdadera mortificación, todas las cosas adversas, todas las tribulaciones y todos los trabajos que, permitiéndolo Él, te pudieren venir; y sea tu ordinaria petición ésta, no con flojedad y tibieza hecha, sino con fervor grande é inflamados deseos: «Tened por bien, Señor, por quien Vos sois y por la caridad infinita con que os entregaste á la muerte por mí, y por la necesidad que yo tengo, estampar en mi alma y en mi cuerpo la imagen de vuestra sacratísima pasión, ora me sea de contento, ora no, para gloria vuestra y provecho mío».

DISCÍPULO. Desde luego me ofrezco á decir muchas veces esas palabras, que bien se me representa que son de grande importancia.

MAESTRO. La meditación continua de la pasión y muerte de Cristo es un brevísimo atajo y compendioso camino para la verdadera sabiduría, para la salud del alma y para todos los bienes: porque en la prosperidad humilla, en la adversidad levanta, y en todos los acontecimientos de la burladora fortuna tiene á nivel y á plomo el corazón, para que ni sea parte del bien, ni decline al mal. ¿Qué necesidad hay de gastar en esto tiempo ni palabras? Ninguno hasta hoy acabó de entender

los bienes que encierra en sí la consideración atenta y devota de la pasión de Cristo. Aunque todos los libros del mundo y todos los preceptores y maestros de él juntamente se acabasen y pudiesen, en sola la pasión del Redentor hallaríamos erudición y doctrina muy bastante. Bienaventurado el que puso por blanco suyo la vida y pasión de Cristo, para no apartar de ella los ojos del alma ni un solo punto. Cuando los demás ejercicios te fueren pesados y molestos, huye á la pasión de Cristo y refresca en ella tu memoria, y trabaja lo posible por habituarte á ofrecer todas tus obras á Dios, en unión de las de su Hijo, de su pasión y vida inocentísima; y no habrá cosa que te parezca dura ni pesada, aunque lo sea, y de que no saques crecidos aprovechamientos para tu alma; porque Él te ayudará á llevar la cruz, y repartirá contigo los merecimientos de su pasión, la cual obra en nosotros más ó menos, conforme á la poca ó mucha disposición que halla en los que tratan de ella y la meditan.

§ III.

DISCÍPULO. ¿Cómo ofreces tú, padre mío, lo que haces en servicio de nuestro Señor?

MAESTRO. Para cuando acabo las horas

canónicas ú otros ejercicios virtuosos, uso de este ofrecimiento: «Dulcísimo Señor mío Jesucristo: yo, indigno y miserabilísimo siervo vuestro, encomiendo á vuestro divino y melífero corazón estos mis ejercicios, para que sean enmendados y perfeccionados; ofrézcooslos en alabanza eterna, en unión de aquel amor y caridad con que Vos, Señor, Dios nuestro, tuvisteis por bien de haceros hombre y morir por nosotros, y en honra de vuestras perfectísimas obras y ejercicios, para que en la presencia de vuestra divina Majestad, por mi salud, y de todo el mundo, con olor de suavidad suban. Amén».

DISCÍPULO. Confieso que me has hecho hoy más bien con esto poco que me has dicho, que en todos los días que habemos platicado; porque aunque soy muy aficionado á la sagrada pasión de nuestro Redentor, no sabía aprovecharme de ella, como era razón.

MAESTRO. Oso decirte (y no quisiera hablar más en esta materia) que si tus pecados fuesen sin número, y ninguno, por pequeño que fuese, hubiese de quedar sin castigo (como realmente no ha de quedar), y hubieses de estar muchos años en purgatorio por ellos (digo pagando las culpas debidas á las penas ya perdonadas), de tal manera podrías haberte acerca de la pasión, que en brevísimo

tiempo, y quizá en una hora, satisficieses por todos y excusases penas tan grandes, cuanto ninguno puede encarecer ni imaginar. Tal podría ser tu conversión, tal tu confianza en los méritos de Cristo crucificado, que sin levantarte de la oración se te dijese en un punto lo que á la Magdalena: «Perdonados te son tus pecados. Anda en paz». Y para la hora de la muerte, recibidos los Sacramentos como conviene, hallo por muy cierto que ninguna cosa da mayor ánimo y confianza para pasar por el estrecho de ella, que es la memoria de Cristo crucificado, cuya figura y retrato jamas se le había de quitar de los ojos al enfermo. Porque esta es aquella señal de Jonás, prometida y ofrecida á los judíos, que destierra toda desconfianza del ánima afligida con la representación de sus culpas. Lo cual echo de ver en que Nicodemus era discípulo secreto de Cristo vivo, y no osaba confesarse por temor de sus enemigos; y en muriendo y viendo en la cruz, tomando osadía y atrevidamente, entró á Pilatos y le pidió su santísimo cuerpo, hecho llagas y bañado en sangre. Yo no pienso tomar otras armas que éstas para la partida, ni morir ménos que abrazado con mi Cristo; y metido en sus llagas rosadas y llenas de misericordia, esperar por ellas la que mis injusticias me niegan. Allí se asegura la pa-

loma gemidora, y se libra de las uñas del infernal halcón, que en aquel tiempo la sigue más que en otro, sabiendo que le queda poco para combatirle. Allí seré hallado, no con mi justicia, por cierto, que no merece tal nombre, sino con la suya, que me enseña y predica la fe, que es causa de mi justicia, si alguna tengo; y si no, en breve alcanzaré por Cristo la que por mis pecados tengo perdida, pues por hacerme á mí justicia en Él, su Padre le hizo pecado; esto es, sacrificio y hostia por los míos y del mundo. Y aun para hablar con mayor encarecimiento, hizo que pareciese pecado, y que como el propio pecado fuese tratado, por borrar en mi alma todo pecado.

§ IV.

DISCÍPULO. Mucho debe de importar la desconfianza de los propios merecimientos.

MAESTRO. Mucho, si hay confianza en los de Cristo; que ya leí yo de uno, que con la consideración de que había trabajado desde la mañana en la viña del Señor, se desvaneció, y diciendo á la hora de la muerte que partía muy contento, porque tenía ganado por sus propias fuerzas el cielo, se condenó. Y de un ladrón sé, que fiado en los méritos

de Cristo, sin alegar ninguno suyo, rociado con la sangre que de sus llagas salía, mereció oír de su divina boca: «Hoy serás conmigo en el Paraíso». Testigo es mi Señor Dios de que ningún otro sentimiento tengo de mí que el que pudo tener el ladrón que se salvó, el cual no tuvo obra alguna á que volver los ojos, sino á sola la misericordia de Aquel que tan miserablemente veía padecer en un palo, por librar de la miseria eterna á los míseros pecadores.

DISCÍPULO. Y tantas buenas obras como has hecho en tanto aprovechamiento de las almas, ¿no te dan confianza?

MAESTRO. Ninguna, porque tengo por saber si le han sido gratas á Dios ó no; mientras tengo por cierto que le he ofendido muchas veces, y ninguna certeza de que estoy perdonado y sospechoso de que no he hecho lo que conviene para que me perdone, y desengañado por la Escritura y razón, que las obras del enemigo no las aprueba el Altísimo. Así, tengo de costumbre presentarme á Dios como un ladrón, y sin alegar obra de justicia mía, pedir misericordia; y si alguna vez me representa el ángel, para consolarme, algunos conocidos servicios que por mí, indigno ministro suyo, se le han hecho á Dios, tómolos en las manos como dos palominos ó tórtolas, y

abrázome con su Hijo, muerto por mí, y ofrézcoselo todo junto, que á solas y de por sí no me atrevo á ofrecer cosa que haga, aunque parezca muy grande y con todas las circunstancias que puede llevar de buena. Y basta lo dicho en el particular mío, y quédesete por doctrina como las demas.

DISCÍPULO. Yo la recibo como venida del cielo, y pídotte por amor del Señor me digas el orden que he de tener en pensar su pasión y muerte con aprovechamiento.

MAESTRO. La pasión, hijo, no se ha de pasar por la memoria, de corrido y con poca atención, sino con todo afecto y con una llorosa y amorosa compasión; y si no pudieres derramar lágrimas con dolor, reflexiona á lo ménos con amor y hacimiento de gracias sobre los inmensos beneficios que por ella hizo Dios al mundo. Y si aun esto no pudieres, porque en medio de tantos misterios y beneficios, que son como brasas encendidas, perseveras frío y sin devoción, ofrécete humildemente de esta manera á Dios, que también le agradarás como muy devoto. Y mira que muchas veces te hallarás como insensible en cosas que sueles tener grandes sentimientos, y nuestro Señor acostumbra visitarte con abundancia de lágrimas, lo cual no te debe espantar ni retraer de tus santos ejercicios, porque

entonces quiere Dios que le sirvas (si así puede decirse) á tu costa. Y porque es razón que guardes orden en esto, como en lo demas que queda dicho, para que la sagrada pasión te sea de provecho, y aunque te falte la devoción, ni te canse ni cause enfado; y aun para que alcances por este camino mucha sabiduría y luz en tu alma, oye, no á mí, sino á San Buenaventura, que en un tratado que compuso, cuyo título es *Parvum bonum*, hace un discurso admirable, aunque verdaderamente muy dificultoso, si bien con algún trabajo mío lo he hecho facil.

DISCÍPULO. Yo le tengo leído algunas veces; mas no he podido comprenderle nunca.

MAESTRO. Pues ahora le comprenderás, si con humildad me prestares atención. Ya habrás oído decir de aquel libro que vió San Juan en su Apocalipsis escrito por dentro y fuera y cerrado con siete sellos; el cual, ninguno se atrevió á abrir ni se halló digno de mirarlo de cuantos había en el cielo, en la tierra, ni debajo de la tierra; ni angel, ni hombre, ni ánima del limbo.

DISCÍPULO. Ya leí esa visión y pasé de largo, por no entender palabra de ella. Verdad es que reparé en las lágrimas de San Juan, que dice que lloraba mucho al ver que aquel

libro estaba cerrado y que ninguno había que le abriese.

MAESTRO. Como quien en espíritu conocía de cuánta importancia era para los hombres saber lo que aquella escritura contenía. Al fin un venerable anciano le consoló, diciéndole: «No llores, que el león de Judá venció para abrir el libro y desatar aquellos siete sellos. Y ví luego (dice el Profeta santo) un cordero como muerto, con siete cuernos y siete ojos, el cual tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono, y abrióle y descubrió sus secretos, lo cual fué de tanto consuelo para todo el cielo, que tomaron los ángeles sus arpas y vihuelas, y tañendo y cantando suavísimamente, decían: Digno es el Cordero que fué muerto, de abrir el libro y desatar sus sellos», etc.

DISCÍPULO. Sabes, padre mío, que he considerado, oyéndote referir esa visión, que el abrir el libro se atribuye á la muerte del Cordero; porque dice que le vió como muerto, cuando le tomó de la mano del que estaba sentado en el trono; y la canción se refiere también á la muerte. Digno es el Cordero que fué muerto, y bien merecido tiene abrir el libro.

MAESTRO. Maravillosamente has observado el frasis de San Juan; por lo cual te digo,

que no será posible entender los secretos del libro, si no entendieres primero otros secretos que hay en la muerte del Cordero.

§ V.

DISCÍPULO. De buena gana los oiré.

MAESTRO. Pues advierte que en la pasión y muerte de Cristo hay siete circunstancias, que, entendidas y pesadas, como es razón, declaran admirablemente lo que Dios hizo muriendo, y la obligación en que quedamos á Su Majestad por haber muerto. La primera, la persona que padece. La segunda, sus calidades. La tercera, su grandeza. La cuarta, la causa que le mueve y lleva á la muerte. La quinta, de la manera y forma en que muere. La sexta, cuántos males padece. La séptima, el fruto que se siguió de morir, que fué la apertura del libro de los siete sellos. Digo que has de considerar quién es el que padece, conviene á saber: Hijo de Dios, Verbo del Padre, Salvador de los hombres y premiador de los buenos y malos, según los méritos ó deméritos de cada uno. Las calidades son muchas: inocentísimo, mansísimo, hermosísimo, nobilísimo y amorosísimo; es grande, y es inmenso en la potestad, en la hermosura, en la felicidad y en la eternidad. En Él verás la in-

mensidad humillada, la hermosura afeada, la felicidad atormentada y la eternidad muerta. Pues mira cómo padece, como un cordero respecto del Padre, con puntual obediencia; respecto del prójimo, con grande liberalidad; respecto de sí mismo, con mucha crueldad, y respecto del enemigo, con admirable prudencia. Vuelve los ojos á los males que padece, y cuéntalos, si sabes de cuentas, y añade números á números, y ceros á ceros, que no hay aritmética que no sea manca y corta para contarlos. Padece cárceles y cadenas como debil, siendo Todopoderoso; padece escarnios y afrentas como necio, siendo sabiduría del Padre; padece y sufre bofetadas y salivas como blasfemo y vil, siendo la misma bondad; sufre azotes y muerte de cruz como malhechor, siendo justísimo Dios. Llamóle Isaías varón de dolores y que sabía de enfermedad, porque verdaderamente no hubo dolor que no se registrase en Él. Fué su pasión, como dice Santo Tomás, general. Lo primero, por la variedad de personas que concurrieron á ella: gentiles, judíos, eclesiásticos, seglares, pobres, ricos, grandes y pequeños. Lo segundo, porque padeció en todos los bienes, en los amigos, en la honra, en la hacienda (que al fin dividieron la ropa entre sí los sayones), y en la vida, tan amada de todos. Lo tercero,

porque padeció en todos sus miembros y sentidos, sin que quedase uno por atormentar. La cabeza aporreada con cañas y penetrada con espinas, la boca anhelosa, las barbas mesadas, el cuello mal herido por la soga, las manos por las esposas ó cadenas, el cuerpo sembrado de cardenales por los azotes, los piés lastimados por el camino, los hombros quebrantados con el peso de la cruz. No parece sino que desafió Cristo á todos los trabajos que se pudieran imaginar, para que se experimentasen en él, de manera que quedasen debilitados para cuando hubiesen de llegar á nosotros. Pero tal despertador tenía: era la causa que le despertaba y movía la caridad; y sobre todas, la de redimirnos, iluminarnos, santificarnos y darnos gloria. Tales y tan horribles fueron sus tormentos, que si una fiera los hubiese padecido en tu presencia, no hubieras podido ménos de compadecerte de ella y tener un gran sentimiento, aunque fueses fiera como ella. Y lo que es de mayor consideración, que en medio de tantos y tan graves dolores, ningún género de alivio ó refrigerio tuvo, ni sobre qué reclinar su cabeza lastimada, ni sobre qué descansar aquel sacratísimo cuerpo, que de solos tres clavos estuvo colgado y apegado á la tierra, secándose todo con los dolores: todo rodeado de los brazos de la

muerte; en lo de fuera abatido y despreciado, y en lo de dentro desconsolado. ¿Por ventura, no te parecen estas cosas de gran crueldad?

DISCÍPULO. Sí, por cierto.

§ VI.

MAESTRO. De tal manera era privado de toda suavidad y consolación interior, que hasta el último punto de su amarga muerte sintió sobre sí la ira del Padre, como sobre aquel que representaba en su persona todo el género humano, cargado de tantas y tan graves culpas, por las cuales como Fiador y Redentor pagaba; lo cual (digo la angustia y desamparo) se echó maravillosamente más de ver en el huerto que en todo el discurso de su pasión; porque parece que no hallan los evangelistas voces con que declarar esta su congoja y pena tan crecida. Comenzó (dicen) á tener miedo y pesar ó tedio, á entristecerse y acongojarse; tan apretado se vió, que se valió de lo que suele aliviar los trabajos, que es dar parte de ellos á los amigos. Triste está mi ánima hasta la muerte, dice á San Pedro, á San Juan y á su hermano Santiago.

DISCÍPULO. ¿Qué quiso significar diciendo hasta la muerte?

MAESTRO. Que sola la muerte daría cabo

de su tristeza, ó que sola la angustia del morir era mayor que la que en aquel punto padecía; y por ventura muriera si de parte de la divinidad no fuera socorrido y guardado para otros mayores dolores y agonías.

DISCÍPULO. ¿De dónde nació en el ánimo de Cristo esta tan exclusiva tristeza?

MAESTRO. De la durísima lucha y más que reñida batalla que había entre la carne y el espíritu, sobre beber ó no beber el cáliz que ya se estaba preparando.

DISCÍPULO. ¿Luego no de voluntad padeció y murió Cristo?

MAESTRO. ¿Y qué nos mereciera, si forzado y no de voluntad muriera? Oye, pues, lo que te dará luz no pequeña para contemplar estos misterios, y para que sin engaño puedas pensar y hablar en ellos. En Cristo hubo muchas voluntades. Si se cuentan según las naturalezas, son dos: una divina y otra humana. Si según las potencias, son tres, conviene á saber: voluntad divina, voluntad del ánimo racional y voluntad apetitiva, sensitiva: aunque impropriamente se llama voluntad esta última, porque propiamente voluntad no se halla sino en la parte racional; pero entendido el vocablo, por cuanto se mueve después que aprende alguna cosa, se llame voluntad. Si echamos cuenta según los modos de que-

rer, son cuatro voluntades las que distinguió Hugo en un tratado *De voluntatibus Christi*, de esta manera: «Hubo, dice, en Cristo voluntad de la divinidad, de la razón, de piedad y de carne. La voluntad divina hacía justicia; la voluntad racional la aprobaba; la voluntad de piedad ó compasión condolíase del mal ajeno; la voluntad de carne, ó natural, sentía y rehusaba el daño propio».

DISCÍPULO. Conformas ahora esas voluntades.

MAESTRO. En el modo ó razón de querer, todas estas voluntades estuvieron conformes, aunque de la parte de la cosa querida no había identidad, porque cada una de ellas quería lo que era suyo. La voluntad divina pedía justicia, como ya dije. La voluntad de la razón se conformaba con ella, y aprobaba lo que pedía y quería. La voluntad de piedad, sin odio, se condolía de la humana miseria. La voluntad de carne no acusaba la justicia, pero rehusaba la pena. De manera que cada una de estas voluntades seguía lo que le pertenecía, pero en nada discordaban todas de la divina. Pruébalo. Lo primero, porque la voluntad deliberativa de la razón nunca discordaba de la divina, ni en lo que ella quería, ni en el modo de quererlo; porque quería todo lo que sabía querer esa divina voluntad, y